

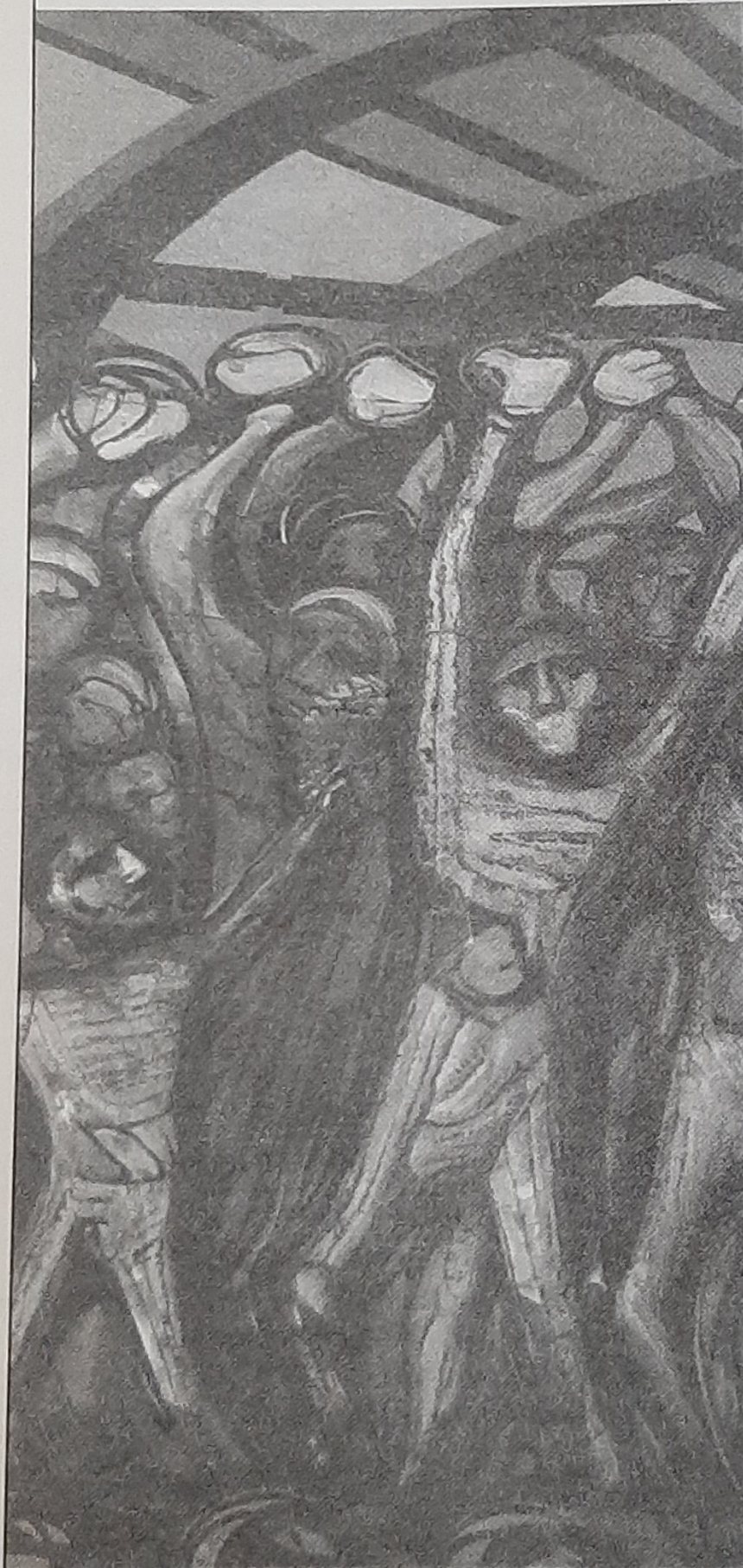
La Comuna

Nº 2
Diciembre
de 2000

Revista ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos



Página 2

Editorial

Páginas 3 a 7

Papel del proletariado en nuestra historia

Páginas 8 a 10

La deuda pública, el capital rentista y la aristocracia financiera

Páginas 11 a 13

El "Che" y la conciencia socialista

Páginas 14 y 15

La Comuna de París

Página 16

Lenin contra el reformismo

Presentamos hoy el segundo número de nuestra revista, siempre con el propósito de contribuir con aportes ideológicos y políticos, desde una óptica de clase, a la lucha que lleva adelante nuestro pueblo para decidir su propio destino.

Hace más de un siglo que el pueblo argentino ha comenzado esa lucha que –con altibajos– ha ido creciendo a través de la historia. Pero es necesario preguntarse: ¿Cuál ha sido y cuál es hoy el papel del proletariado en esa lucha? A develar ese interrogante tiende el trabajo sobre el papel del proletariado en nuestra historia.

En segundo lugar damos una opinión comprometida sobre la estructura de la llamada “deuda externa” y el papel que ella representa en las actuales condiciones de dominación en nuestra patria.

Proseguimos en este número con el informe sobre la Comuna de París que, no sólo da nombre a nuestra publicación, sino que constituye el primer ejemplo de ejercicio de un poder popular y proletario en el mundo. Tanto su triunfo como su derrota, sus aciertos como sus errores, sirven de experiencia a los revolucionarios que encaran el siglo XXI decididos a triunfar.

Por último, a un tercio de siglo de su caída, recordamos al Che Guevara, aportando para el análisis importantísimos aspectos de su visión político-ideológica sobre la lucha por el socialismo, incluidos sustanciosos párrafos de una obra escrita en 1965 y todavía inédita, en la que vaticina el regreso de la URSS al capitalismo.

Bienvenido sea el debate que generen las notas de esta publicación, porque sin duda aportarán para que la vanguardia se arme de las herramientas indispensables que orienten políticamente la disputa por el poder del Estado que, más temprano que tarde, ha de producirse en nuestra patria.

Papel del proletariado en nuestra historia

“El deseo socialista” –como lo llamaba Lenin en “El problema de la tierra y la lucha por la libertad”– de liquidar la diferencia entre ricos y pobres, viene desde épocas inmemoriales; los propios esclavos, los pueblos de la sociedad feudal, esgrimían valores de justicia con ese íntimo “deseo” socialista. Pero tuvieron que pasar muchas fases del desarrollo de la humanidad para entender que la igualdad entre los hombres sólo podía ser alcanzada con la supresión de las clases, liquidando el fundamento económico de su existencia, es decir, las relaciones de propiedad privada.

Estas premisas surgen del desarrollo de la formación socio-económica capitalista, lo que significa, en pocas palabras, que en esta fase del desarrollo de la humanidad se crean las bases materiales para poner fin a las clases, porque por primera vez una de ellas está interesada en la desaparición de las mismas.

La producción capitalista nace y hace pie en los siglos XV y XVI, originando la clase obrera; y es entonces cuando los deseos socialistas aparecen por primera vez, todavía en el plano de la utopía, sin fundamentos científicos acerca del papel que corresponderá a las clases en el devenir de la historia.

Al transcurrir el tiempo, y con la consolidación de la clase obrera en los países europeos como Francia, Inglaterra y Alemania, al inicio del siglo XIX aparecen las primeras intenciones de ir definiendo científicamente el papel de las clases en la historia, sin olvidar la influencia de los hechos huelguísticos e insurreccionales que, como en Francia de 1830 y en Alemania 1844, “imprimieron un viraje decisivo al modo de enfocar la historia” (Engels, “Del socialismo utópico al socialismo científico”).

Pero recién en el año 1845 se publica “La Sagrada Familia”, primera obra conjunta de Marx y Engels, en donde fundamentan que la producción material es la esencia de la historia de la humanidad. Explican que el capitalismo engendró a la burguesía y al proletariado, y que en esa unidad contradictoria, la burguesía es el ala conservadora y reaccionaria y la clase obrera el ala revolucionaria.

La primera porque necesita mantener el orden existente: la propiedad privada y el proletariado, para multiplicar así los bienes de los propietarios.

Por el contrario, la clase obrera aspira a destruir la propiedad privada, representando lo nuevo en la humanidad, lo revolucionario en el antagonismo de las clases fundamentales. Esa contradicción y ese antagonismo de clases se resuelve con la revolución proletaria, que liquida la propiedad privada y las clases engendradas por el capitalismo.

En nuestro país, hacia 1880 y a partir de la producción de artesanías y manufacturas, aparecían los ecos iniciales de la Comuna de París. Las primeras ideas marxistas hacían pie en Buenos Aires, Rosario y Córdoba, pero sólo diez años después comienzan a desarrollarse los círculos políticos proletarios; a la par que la incipiente burguesía nacional y las capas pequeño-burguesas asomaban con tímidos proyectos de organización política.

Ese nacimiento proletario en nuestro país iba a marcar a fuego –y hasta nuestros días– la constante lucha ideológica entre las clases fundamentales, puesto que el proletariado, como clase, habría de consolidarse años más tarde, cuando otros proyectos de la burguesía pujaban por jugar un papel protagónico contra la oligarquía terrateniente (que era el sector dominante).

Desde sus inicios, nuestra clase obrera, al estar enfrentada por intereses de clase opuestos, no pudo, si no avanzados los años, dar comienzo a una época en la que ella jugaría un papel fundamental, a pesar de la influencia ideológica (reformismo y populismo) que imprimía la burguesía en el terreno de la lucha.

La disputa contra estas dos grandes enfermedades ideológicas se iba a desarrollar por décadas hasta la irrupción del Cordobazo. Allí no sólo surge la clase en plena lucha frontal contra la dictadura de Onganía, acaudillando a otros sectores de la sociedad, sino aparece sustentando a una visión política independiente de la burguesía. Así se crean las bases para el surgimiento de destacamentos proletarios que, como el nuestro, fueron marcados a fuego por el papel de la clase obrera.

Esta gesta proletaria puso en jaque y en retirada el populismo y el reformismo, colocando en el tapete en otra fase del capitalismo, la cuestión de la revolución. Es decir, aparece en toda su dimensión el tema del poder y el papel de las clases en esa disputa.

Las bases materiales de ese despertar tenían sustento en la conformación de un país capitalista como el nuestro, donde se desarrollaba una clase obrera industrial concentrada, fundamentalmente en gremios automotrices y metalúrgicos, que expresaba ya los primeros síntomas importantes del proceso de concentración económica y centralización del capital.

AVANCE DE LA BURGUESIA

Durante dicho proceso de desarrollo de la clase obrera, ya desde el golpe de 1955 la burguesía monopólica fue haciendo los primeros intentos serios por apoderarse de los principales resortes del Estado para, a partir de allí, ejercer la dominación política sobre los demás sectores. Las grandes inversiones de la década del sesenta en el sector productivo provocaron un grado de concentración inusitado en la producción industrial, a la vez que prepararon una nueva clase obrera concentrada donde la socialización de la producción daba pasos de gigante y transparentaba, como nunca antes, el grado de apropiación individual de estas grandes corporaciones.

Con el Cordobazo, las clases fundamentales iban a desnudar el contenido del desarrollo histórico en nuestra sociedad hasta ese entonces, en un marco de dominación ejercida alternativamente con golpes militares y gobiernos parlamentarios, y con un peso determinante de la clase obrera, tanto en su presencia política como dentro de una estructura capitalista, cada vez más concentrada.

Con el golpe de 1955, la burguesía nacional, en lo sustancial, dejó de tener proyecto de país. En las décadas que se sucedieron, el proceso de concentración económica fue acompañado por un largo proceso de concentración política, a la par que las propuestas reformistas y populistas fueron perdiendo peso por la propia experiencia del proletariado y del mismo pueblo.

Sin embargo, sólo después del 69 la clase obrera comienza a dar pasos hacia la independencia de la burguesía. El surgimiento de partidos proletarios, de organizaciones independientes de la burguesía, ajenas a esas enfermedades ideológicas, fue producto de la nueva calidad del capitalismo en nuestra patria, que pasaba de un capitalismo de Estado a un capitalismo monopolista de Estado (CME), en el que el antagonismo de las clases se transformaría en el motor político de los años 70.

Las nacientes expresiones independientes del proletariado fueron asimilando más de cien años de existencia de clases antagónicas en nuestra sociedad, y la lucha política e ideológica –principalmente del primer lustro de los setenta– iba a marcar a fuego las aspiraciones revolucionarias del proletariado. Así, el “deseo socialista” tenía una base material ideológica.

Fueron años en donde las clases se mostraron tal cual eran, hasta dónde podían llegar en sus enfrentamientos clasistas; fue el gran ensayo de la revolución en nuestra patria. El proletariado por primera vez aspiraba a la toma del poder, y la burguesía monopólica, como sector de clase dominante, tomaba conciencia de que su poder estaba cuestionado. Desde fines de los ‘70, y con la derrota de las organizaciones revolucionarias y los destacamentos proletarios, la burguesía monopólica vio facilitada su tendencia a la concentración económica acompañada de mayor concentración política. La dictadura fascista de 1976-83 logró satisfacer esa necesidad de los monopolios de apoderarse del Estado Nacional, y alejar el temor de un poder revolucionario en nuestro país.

INDEPENDENCIA DE LA CLASE OBRERA

Sin embargo, pese a la ferocidad del golpe, la clase obrera y el pueblo resistieron y luego de un tiempo resurgieron apoyados en viejas tradiciones de movilización y lucha y pusieron en jaque la más brutal de las formas de dominación que habíamos vivido. A principios de los ochenta, el Proceso ensaya una fuga hacia adelante con la invasión a Malvinas, que es consecuencia de las luchas populares.

Mientras tanto, el proceso de concentración venía avanzando, a pesar de todas las vicisitudes políticas. Cada vez más, los grupos monopólicos se hacían de los resortes ejecutivos, y a pesar de sus pujas y contradicciones internas, su dominación se acentuaba. El capitalismo monopolista de Estado en nuestro país estaba afianzado, pero las aspiraciones democráticas de las masas y sus luchas imposibilitaron una salida victoriosa de la dictadura, dejando experiencias y enseñanzas invalorable.

Sin embargo, rápidamente la burguesía pasó a su mejor forma de dominación: el engaño a través del parlamentarismo burgués. El devenir de la democracia burguesa aparecía como una aspiración de nuestro pueblo, suponía que ésta iba a devolverle los sueños de justicia y libertad y, a partir de ellos, la solución de los problemas materiales de una sociedad vapuleada en años de dictadura y de saqueo por la clase dominante.

Los primeros tiempos de democracia burguesa transcurrieron en medio de la algarabía de la participación popular y cada elección era una manifestación de responsabilidad cívica.

Mientras tanto, el proceso de concentración no daba tregua. Así, el dominio por los monopolios de los resortes de poder avanzaba en medio de sus disputas internas.

El punto más alto de credibilidad en la democracia comenzó a caer cuando Alfonsín convocó masivamente al pueblo para plantear la “economía de guerra”. El silencio y la inmediata desconcentración de decenas de miles de hombres y mujeres de nuestro pueblo, marcarían el abrupto descenso de las expectativas populares hacia el parlamentarismo burgués. Comenzaba a aparecer en toda su fuerza el peso de los monopolios en las decisiones políticas, y se agudizaba el proceso de desconfianza hacia las clases dominantes.

Al mismo tiempo, la burguesía monopólica impuso dentro del parlamentarismo burgués, nuevos mecanismos acordes con la centralización política que le era necesaria. Entonces, los golpes de mercado fueron sometiendo todas las decisiones políticas.

Hasta los años 90, aún en medio del caos, la ciudadanía seguía pensando en una alternativa parlamentaria capaz de poner un rumbo institucional y definitivo al papel de los monopolios en nuestro país.

Durante esta década se consolida el capitalismo monopolista de Estado, se termina de adecuar la centralización política a las necesidades de los grupos monopólicos (a esa altura tenían sus pies puestos en las metrópolis imperialistas), que ejercían la dominación en forma directa y sin intermediarios.

No hubo país como la Argentina que aceptara tan sumisamente las nuevas condiciones del mercado mundial globalizado. Así, el proceso de reestructuración del capitalismo no se hizo esperar y marchó a toda máquina en los primeros años de los 90. La paridad cambiaria, las privatizaciones, la supresión de las barreras arancelarias, etc., gozaron de buena salud. Ello fue así porque, si bien la población afectada en forma directa por estas transformaciones resistió las medidas monopólicas, en la sociedad primaron las expectativas por aires de cambios, de estabilidad, luego de la dictadura y de la hiperinflación. Así, los planes de los monopolios marcharon sin grandes sobresaltos.

En estos años, el proceso de concentración en la producción industrial creció notablemente. El parlamentarismo burgués siguió facilitando la dominación política de los monopolios, que consolidaron su dominio en los primeros años de los noventa montados sobre transformaciones del capitalismo en nuestro país, que hubieran sido difíciles de imaginar tan sólo una década atrás.

Sin embargo, este proceso de concentración monopólica fue creando nuevas bases materiales para la revolución. Por un lado, la experiencia de las masas en la lucha antimperialista, que si bien nace en la década del cincuenta, adquiere el verdadero contenido de clase con el proceso de concentración. Así, más de 4 décadas de luchas antimperialistas, fueron formando y fogueando a nuestro pueblo, que percibió, a mediados de los '90, que algo no andaba bien, que la entrega y el saqueo de las grandes corporaciones se había consumado, y que comenzaba una nueva época.

El peso clasista que le da el capitalismo a nuestra sociedad volvía a expresarse, luego de idas y venidas, en la necesaria experiencia del pueblo que había advertido que la dictadura fascista de 1976 no tenía precedentes pero que, en este período, visualizó como el origen de muchos de sus padecimientos, el engaño del parlamentarismo burgués que conllevaba la descarnada política antipopular y el control absoluto del Estado por parte de los grandes grupos económicos.

Estos procesos no fueron en vano, puesto que ensancharon y profundizaron las bases materiales para la revolución.

Por un lado, el grado de socialización de la producción alcanzado en el proceso de concentración, y por el otro, la nueva camada de obreros industriales y asalariados formada por las empresas más concentradas del país que, para poder competir y avanzar en su rentabilidad en esta fase del capitalismo, deben valorizar y aprovechar las capacidades laborales, científicas, técnicas y colectivas de los trabajadores.

En el último lustro, reapareció con toda intensidad la historia de nuestro pueblo, su memoria, su experiencia. En pocos años logró sintetizar lo sucedido en varias décadas, y apareció con un nuevo vigor y en nuevas luchas no convencionales.

El primer grito de ruptura con todo lo establecido por la burguesía monopólica fue el Santiagueñazo. Este hito de lucha popular, si bien no aparece de la nada, ni de un día para otro, sorprende a toda la sociedad, y constituye un verdadero mazazo. Algo estaba pasando desde las entrañas de nuestro pueblo.

El proceso de concentración económica y política iba a recibir un golpe que, desde el punto de vista del proletariado, y en la dinámica de la posterior lucha de las clases, iba a confirmarse históricamente como el inicio de una nueva oleada —en una espiral ascendente— del proceso de participación popular en la lucha por una nueva sociedad.

Desde el Santiagueñazo hasta los levantamientos de Corrientes, se sucedieron experiencias de gran envergadura de luchas políticas de las masas. En su enfrentamiento contra las decisiones políticas del Estado monopólico, se foguearon miles y miles de combatientes, se experimentaron nuevas formas de lucha, organización y enfrentamiento, hubo idas y vueltas, avances y retrocesos. Pero ante la imposibilidad de mejorar sus condiciones básicas de vida, las masas fueron yendo por lo suyo, a la par que el proceso de concentración no daba respiro.

La experiencia autoconvocada de Corrientes marcó claras señales de la ferocidad de la lucha de las clases cuando éstas preparan sus fuerzas. Desde el puente correntino se irradiaron por doquier las ideas que el proletariado y sus destacamentos impulsieron sobre la lucha por el poder en los inicios de los setenta.

A partir de Corrientes aparecen con más claridad las clases enfrentadas, y la materialización de las formas políticas revolucionarias de lucha, las cuales coinciden con las experiencias proletarias que nacieron con la Comuna de París. Las masas correntinas se autoconvocaron y tiraron por la ventana décadas de gobiernos caudillescos, dando surgimiento a una nueva forma de expresión política que, esencialmente, desarrolla la democracia directa, con una calidad de organización que resume aspiraciones de varios años, en los cuales los grandes enfrentamientos parecían perderse al no lograr la expresión política autoconvocada.

En todo este período, el proletariado, cada vez más concentrado, cada vez más socializado en la producción, cada vez más capacitado técnicamente, también se va entrelazando con el conjunto de la sociedad, en íntima relación con los trabajadores de los servicios, de la educación, etc.

El sello proletario en este capitalismo está dado “a pesar” de la influencia burguesa que tiende a ocultar su peso social y “a pesar” de los censos nacionales y de todas sus encuestas interesadas.

La estructura de un capitalismo industrial generó en la Argentina una clase obrera industrial, lo que le da a nuestra revolución un marcado carácter de clase, y la necesidad de que este proletariado, con toda la historia a cuestas, encabece el proceso para poder poner punto final a un sistema incapaz de resolver los problemas de las mayorías populares.

Cuando la estructura del capitalismo mueve los cimientos, las clases en pugna ya no se comportan de la misma manera. La burguesía monopólica es consciente de que sus intereses se han duplicado; hoy tiene mucho más por perder que ayer, y se prepara para defenderlos.

Del otro lado, la clase obrera ha adquirido un mayor peso en la calidad del proceso. En esta etapa del CME, pone al frente de las responsabilidades para cambiar el rumbo de la historia su poder de producir y de generar riquezas.

Las luchas autoconvocadas del pueblo suscitan en este proletariado expectativas crecientes. Sin embargo, aún la acumulación de fuerzas en el seno mismo de la industria y de los servicios más concentrados, no es lo suficientemente fuerte como para elevar en un peldaño la calidad de la lucha por el poder en nuestra patria.

En esta dirección de pensamiento, y vista desde su propia historia, el proletariado golpeará decididamente en momentos en que pueda quebrarle el brazo al poder de los monopolios para encaminarse más decididamente a la revolución socialista.

La deuda pública, el capital rentista y la aristocracia financiera

En los últimos años Argentina ha definido una muy precisa política económica orientada a alimentar a las fracciones más parasitarias de la sociedad que son las fracciones rentistas. La organización de la política económica orientada al puntual y sistemático pago de los intereses de la deuda pública, no sólo alimenta al capital financiero internacional, sino que modela una compleja trama de intereses al interior de la sociedad local. Los compromisos de la deuda pública no sólo nos vinculan al modelo financiero globalizado sino que fortalecen sistemáticamente a la fracción capitalista que está en la cúspide del modelo de poder local, la aristocracia financiera. Este poder crece a expensas de las condiciones de vida del pueblo.

1. Marco general

Continuando con el análisis acerca de la estructura económico-social capitalista de la Argentina del número anterior de La Comuna, queremos en este artículo profundizar el tema de la evolución de la deuda pública del Estado como mecanismo y estrategia de dominación política y económica.

Este tema que por años fue enfocado desde la tradicional óptica de la “deuda externa”, entendemos que hoy debe analizarse de manera distinta, apuntando a conceptualizarlo como una de las estrategias fundacionales de una nueva estructuración social que empezó a cobrar preponderancia desde los inicios del Plan de Convertibilidad y que ha producido cambios muy importantes en la estructura capitalista de Argentina.

La caracterización de “deuda externa” perfectamente aplicable a las condiciones políticas y sociales de la década del ochenta experimentó un cambio cualitativo y cuantitativo durante los noventa. Este cambio dio lugar a una modalidad de acumulación cuyo resultado fue el desarrollo creciente y acelerado de la deuda pública como mecanismo de expansión de las relaciones sociales capitalistas más parasitarias.

Esta idea nos surge de observar a través de la evidencia empírica quiénes son hoy los poseedores de la deuda pública del Estado argentino. El monto de la deuda pública al 30 de junio del 2000 era de 123.522 millones de dólares. De acuerdo a las estimaciones privadas que maneja el mercado financiero, el 40% de esta cifra se encuentra directa o indirectamente en manos de “argentinos” (diario La Nación 24/9/2000).

¿Por qué es así? ¿Es el FMI el verdadero acreedor de la deuda Argentina?

En la actualidad, la deuda pública se encuentra fundamentalmente en poder de fondos de inversión (locales y extranjeros) que representan a inversores atomizados y en manos de acreedores individuales privados. Si a su vez consideramos que los fondos de inversión son instituciones financieras que canalizan una parte importante del ahorro privado de sectores de la burguesía, podemos entender que la deuda pública siempre está en poder directo o indirecto de inversores individuales. La idea que queremos destacar es que a través de la creciente distribución de la deuda pública en manos de inversores particulares se intenta una política que sirva como un poderoso mecanismo de coacción orientado a la “estabilización” de la organización social del poder capitalista en Argentina.

Esta situación, si bien no es novedosa, cobra importancia por los crecientes segmentos de población vinculados al mercado de la deuda pública. Esto es así, porque se ha convertido a un sector dinámico de la población –principalmente el vinculado a la economía formal–

en un sujeto social con intereses materiales en la activa y estratégica defensa de la capacidad fiscal del Estado.

2. La deuda pública y el mercado financiero local

Si nos remitimos a la situación local, podemos ver que los principales tenedores de los bonos de la deuda pública son: las AFJP (Administradoras de Fondos de Jubilación y Pensión), los fondos de inversión privados, los bancos, las compañías de seguros y los rentistas individuales.

En esta definición vale la pena hacer una distinción entre inversores voluntarios e involuntarios. Las AFJP manejan el ahorro que obligatoriamente los argentinos afiliados al sistema de jubilación privada (8.000.000 de afiliados, 50% de aportistas) destinan como aporte previsional para recibir una jubilación en el futuro. Casi el 50% de los 18.000 millones de dólares que estas Administradoras manejan están invertidos en una amplia diversidad de bonos emitidos por el estado argentino.

En paralelo, una gran variedad de fondos de inversión privados manejan el ahorro voluntario de largo plazo de otro segmento de la población. Asimismo, los bancos captan los fondos que los ahorristas invierten en plazo fijo y represtan un parte de los mismos fondos al Estado por medio de la compra de sus bonos. Adicionalmente, en los últimos meses, el gobierno (vía el ministerio de Economía) incentiva la colocación minorista de bonos a inversores individuales. Esta actividad ha llevado a la pública difusión de un sitio de Internet llamado www.ahorr.ar que estaría dispuesto a tomar inversiones en bonos de hasta \$ 100. La consigna de esta política es ahorrar en Argentina. Resulta particularmente llamativo que para esta tarea, el Estado nacional ha nombrado representantes financieros para realizar estas colocaciones a los siguientes bancos: J.P. Morgan, Deutsche Bank, BankBoston, Banco Galicia, ING Bank, Chase, Hong Kong Shanghai Bank, Banco Río, Banco Francés, ABN-AMRO Bank, Citibank y Bank of America. O sea la banca extranjera más poderosa y concentrada es la encargada de fomentar el ahorro en Argentina.

Dentro de esta política orientada a generar capas rentistas, podemos agregar a sectores populares que involuntariamente fueron convertidos en acreedores del Estado: los jubilados que ganaron juicios previsionales, los ex presos políticos, personas que recibieron bonos como compensación por familiares muertos por el terrorismo de Estado, los que ganaron juicios a las empresas del Estado, etc. En estas condiciones, vemos cómo la generación de deuda pública no es sólo un trivial instrumento de cancelación de deudas.

En este contexto, puede considerarse que la mayoría de las personas que trabajan dentro del sector formal de la economía está vinculada voluntaria o involuntariamente al mercado de generación, circulación y reproducción de la deuda pública y a las correspondientes políticas de generación de recursos fiscales para el pago de los intereses de la misma. Asimismo, estos sectores –pese a su sujeción material a la deuda– se suman al resto de la población que está exclusivamente en el lugar de los que pagan con desempleo, salud, educación, vivienda y condiciones generales de vida, las consecuencias económicas de las políticas de ajuste. Para contextualizar mejor esta idea, podemos señalar que en los últimos 5 años se ha duplicado el pago de intereses por la deuda pública, pasando de u\$s 4.200 millones en 1995 a 8.100 en el presente año.

Esta cuestión no hace más que reflejar la creciente polarización en la estructura social Argentina, donde es cada vez mayor la parte del Presupuesto Nacional que tiene como único fin cubrir los intereses de la deuda.

¿Cuáles son entonces las consecuencias políticas y sociales de esta trama? En primer lugar, la innecesaria distinción entre deuda interna y externa. Donde existen relaciones de producción capitalistas avanzadas, hay una clase rentista en desarrollo. La clase rentista y su cúpula dirigente –la aristocracia financiera– se articulan como una fracción del capital financiero internacional y, en consecuencia, entendemos que la misma no requiere de una distinción de nacionalidad precisa, sino que es un comportamiento de clase burguesa en el desarrollo de su fase más parasitaria.

En consecuencia, si una fracción de argentinos (voluntariamente o no) se convierte en acreedor del Estado argentino, ¿dónde buscar el motor de la progresiva ampliación de la política rentista?

La deuda pública se convierte así, sin duda, en la contrapartida de una fracción social rentista que impone una fuerte limitación al crecimiento de la economía, generando políticas públicas del Estado que comprometen seriamente la vida material cotidiana de la mayoría de la población.

Partiendo de esta contradicción, consideramos que es necesario aclarar que la creencia absolutamente mayoritaria a nivel popular de que la deuda es externa porque es “con los de afuera”, hace que muy pocas de las personas que están dentro de la cadena de acreedores materiales del Estado tenga verdadera conciencia de que defender el cumplimiento de las obligaciones con los acreedores externos signifique defender sus propios intereses.

En definitiva, la estrategia de privatizar la deuda entre pequeños y medianos inversores nacionales, si bien constituye una política del poder económico a largo plazo, no tiene efectos políticos visibles de importancia en las manifestaciones actuales de la lucha de clases.

3. Algunas conclusiones

En estas condiciones, la política rentista genera una poderosa estrategia de dominación no sólo a nivel material sino que apuntan al nivel de la conciencia. Esta es la orientación específica que marca el comportamiento de clase de la fracción líder y privilegiada por el modelo capitalista local.

En esta compleja dinámica, el genuino ahorro interno es permanentemente expoliado por las políticas de generación, preservación y pago de la deuda pública. Queda así claro el por qué del imprescindible énfasis en las condiciones de solvencia fiscal del Estado y la defensa estratégica de sus herramientas: el presupuesto y la recaudación impositiva, herramientas que se transforman en un poderoso mecanismo de expoliación y transferencia de recursos del pueblo al capital financiero más concentrado.

Cuando más arriba nos referimos a la “aristocracia financiera”, pensamos en los grupos económicos y financieros depositarios del más concentrado poder que hoy existe en el planeta. Si llevamos las conclusiones precedentes al terreno de la lucha de las clases, veremos que la vinculación de la llamada “deuda externa” con la cúpula dirigente de la clase rentista que se identifica con el poder más concentrado, constituye dialécticamente su fuerza y también su debilidad.

La política de la cúpula dirigente se expresa a través de salvajes mecanismos de expoliación que ya hemos mencionado (desempleo, deterioro de la salud pública, falta de vivienda, problemas en la educación de la población que debía garantizar el Estado), de las que son destinatarios sobre todo los pueblos de los países sometidos (“en desarrollo”) y que constituyen la expresión más pura del poder dominante. Ahí reside su tremenda fuerza.

Al mismo tiempo, esta política permite que las masas populares –más allá de la estructura de la deuda que hemos examinado– identifiquen claramente a dicho poder dominante y sus estrategias como el enemigo a derrotar. En el alza de la conciencia popular está la debilidad de dicha herramienta de dominación.

Vemos esta paradoja como una manifestación subsidiaria de la contradicción fundamental del capitalismo entre la “producción cada vez más social y la apropiación cada vez más individual”.

La Comuna de París (2ª nota)

El 18 de marzo de 1871 estalla “La Comuna de París”. Esta revolución no surgió de la nada; sintetizó décadas de avances y retrocesos del pueblo de la capital en general, y del proletariado revolucionario en particular, que imprimieron la tónica a esta gesta que duraría 72 jornadas pero que irradiaría sus enseñanzas al resto de la humanidad.

Federico Engels, en el prólogo a “La guerra civil en Francia”, el 18 de marzo de 1891, analiza someramente los antecedentes inmediatos de la Comuna.

“Gracias al desarrollo económico y político de Francia desde 1789, la situación en París desde hace cincuenta años ha sido tal que no podía estallar en esta ciudad ninguna revolución que no asumiese en seguida un carácter proletario, es decir, sin que el proletariado, que había comprado la victoria con su sangre, presentase sus propias reivindicaciones después del triunfo conseguido. Estas reivindicaciones eran más o menos oscuras y hasta confusas, a tono en cada período con el grado de desarrollo de los obreros de París, pero el objetivo final era siempre abolir los antagonismos de clase entre capitalistas y obreros. A decir verdad, nadie sabía cómo se podía conseguir esto. Pero la reivindicación misma, por vaga que fuese la manera de formularla, encerraba ya una amenaza contra el orden social existente; los obreros que la mantenían estaban aún armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De aquí que después de cada revolución ganada por los obreros se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la derrota de éstos”.

Así ocurrió con la insurrección popular de junio de 1848, que terminó con un baño de sangre. “Era la primera vez que la burguesía ponía de manifiesto a qué insensatas crueldades de venganza es capaz de acudir tan pronto como el proletariado se atreve a enfrentarse con ella, como clase aparte con intereses propios y propias reivindicaciones. Y sin embargo, lo de 1848 no fue más que un juego de chicos, comparado con la furia salvaje de 1871.”

La necesidad de abrir un frente externo para apagar los conflictos internos y las ínfulas expansionistas llevaron a Luis Bonaparte y su corte de chovinistas del Segundo Imperio a pretender reconstruir algo del esplendor conquistador del Primer Imperio de su tío Napoleón Bonaparte. Codiciaba las ricas tierras alemanas de la orilla izquierda del Rin y la guerra contra Bismarck estalló en 1870. Duró un suspiro: Napoleón III fue derrotado y hecho prisionero en Sedán el 2 de setiembre de 1870. El 4 estalló una nueva revolución en París.

“El Imperio se derrumbó como un castillo de naipes –continúa Engels– y nuevamente fue proclamada la república. Pero el enemigo estaba a las puertas... En esta situación angustiosa, el pueblo permitió a los diputados parisinos del antiguo Cuerpo Legislativo constituirse en un ‘Gobierno de la Defensa Nacional’... Para los fines de la defensa, todos los parisinos capaces de empuñar las armas se habían enrolado en la Guardia Nacional y estaban armados, con lo cual los obreros representaban dentro de ella una gran mayoría. Pero el antagonismo entre el gobierno formado casi exclusivamente por burgueses, y el proletariado en armas no tardó en estallar” y se sucedieron los conflictos. Tras 131 días de cerco, el 28 de enero de 1871, vencida por el hambre, París capituló... Los fuertes fueron rendidos, las armas de las tropas de línea entregadas y sus hombres considerados prisioneros de guerra. Pero la Guardia Nacional se limitó a sellar un

armisticio con los vencedores y conservó sus armas y sus cañones. El enemigo no se atrevió a entrar en París, sólo ocupó unos parques periféricos y por pocos días. Derrotada militarmente por Prusia, la Francia de la burguesía debilitada pretendió crear una República conservadora haciendo elegir una nueva Asamblea Nacional con mayoría monárquica. Más de una tercera parte del territorio estaba en manos del enemigo prusiano; la capital se hallaba aislada de las provincias y prácticamente incomunicada. Era imposible elegir así una representación auténtica de Francia.

La ilegítima Asamblea Nacional comenzó a sesionar en Burdeos. Thiers, nuevo jefe de gobierno, visualizó rápidamente que la dominación de las clases poseedoras –grandes terratenientes y capitalistas– estaba en peligro mientras los obreros de París tuviesen armados. Como en 1848, lo primero que había que hacer era desarmarlos.

Carlos Marx siguió los pasos de la Comuna de París desde Londres, desde donde elaboró el “Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Civil en Francia en 1871”. Allí denuncia a los políticos burgueses –con Thiers a la cabeza– que confabulaban contra los obreros de París que habían proclamado la república el 4 de setiembre de 1870.

“Con los verdaderos jefes de la clase obrera encerrados todavía en las prisiones bonapartistas y los prusianos avanzando a toda marcha sobre París, la capital toleró que asumieran el poder (esos políticos que denuncia Marx) bajo la expresa condición de que su solo objetivo sería la defensa nacional. Ahora bien, París no podía ser defendido sin armar a su clase obrera, organizándola como una fuerza efectiva y adiestrando a sus hombres en la guerra misma. Pero París en armas era la revolución en armas. El triunfo de París sobre el agresor prusiano hubiera sido el triunfo del obrero francés sobre el capitalista francés y sus parásitos dentro del Estado. En este conflicto entre el deber nacional y el interés de clase, el gobierno de la defensa nacional no vaciló un instante en convertirse en un gobierno de la traición nacional.”

“La contrarrevolución no tenía tiempo que perder... La guerra había aumentado espantosamente las cargas de la nación y había devastado implacablemente sus recursos... En el camino de esta conspiración se alzaba un gran obstáculo: París. El desarme de París era la primera condición para el éxito.”

Denuncia entonces Marx que Thiers y los suyos comenzaron a recorrer todas las cortes de Europa en busca de complicidades, ofreciendo a cambio la capitulación de París ante Prusia y, por ende, la entrega de toda Francia. Dice de Thiers que “ese enano monstruoso tuvo fascinada durante casi medio siglo a la burguesía francesa por ser la expresión intelectual más acabada de su propia corrupción como clase”.

“Y París sólo tenía ahora dos caminos: o rendir las armas, siguiendo las órdenes humillantes de los esclavistas y reconociendo que su revolución del 4 de setiembre no significaba más que un simple traspaso de poderes de Luis Bonaparte a sus rivales monárquicos, o seguir luchando como el campeón abnegado de Francia, cuya salvación de la ruina y cuya regeneración eran imposibles si no se derribaban revolucionariamente las condiciones políticas y sociales que habían engendrado el Segundo Imperio y que, bajo la égida protectora de éste, maduraron hasta la total putrefacción. París, extenuado por cinco meses de hambre, no vaciló ni un instante. Heroicamente, decidió correr todos los riesgos de una resistencia contra los conspiradores franceses, aun con los cañones prusianos amenazándole desde sus propios fuertes.”

Ante tamaña insubordinación, Thiers mandó una expedición nocturna contra las alturas de Montmartre para apoderarse de los cañones. El intento fracasó “ante la resistencia de la Guardia Nacional y la confraternización de las tropas de línea con el pueblo”, relata el propio Marx.

El llamamiento de Thiers a que la Guardia Nacional se uniera a su gobierno contra los rebeldes fracasó rotundamente. De los 300.000 guardias solamente 300 respondieron a esta invitación. El 18 de marzo, la revolución obrera se adueñó de París y el gobierno burgués huyó a Versalles. El 26 de marzo fue elegida, y el 28 proclamada la Comuna de París.

Y allí comienza el análisis crítico de Marx:

“En su repugnancia a aceptar la guerra civil iniciada por el asalto con nocturnidad que Thiers realizó contra Montmartre, el Comité Central (el gobierno de la Comuna) se hizo responsable esta vez de un error decisivo: no marchar inmediatamente sobre Versalles, entonces completamente indefenso, acabando así con los manejos conspirativos de Thiers.”

Y describe el autor del Capital que mientras Thiers hacía torturar y fusilar a los prisioneros, “la Comuna respetaba la vida hasta a los gendarmes espías detenidos en París con el disfraz de guardias nacionales”. Matanzas a bayonetazos de guardias sorprendidos dormidos, fusilamientos en masa o casas donde se refugiaban guardias nacionales rociadas con petróleo y luego incendiadas, eran moneda corriente.

En carta a Kugelmann, el 12 de abril de 1871, o sea en el ojo de la tormenta del alzamiento comunero, Carlos Marx sintetiza: “¡Qué elasticidad, qué iniciativa histórica, qué capacidad de sacrificio la de estos parisienses!... La historia no tiene otro ejemplo de semejante grandeza. Si son derrotados, sólo habrá que culpar a su ‘buen natural’.

Debieran haber marchado en seguida sobre Versalles... Se perdió el momento oportuno por escrúpulos de conciencia. No quisieron desatar la guerra civil, como si este torcido aborto de Thiers no hubiera desencadenado ya la guerra civil con su intento de desarmar París...”

(Continuará)

El 18 de marzo

Thiers imaginó que la toma de los 417 cañones y ametralladoras situados en los barrios norte y nord-este de París serían un paseo, sólo entorpecido por algunas barricadas fáciles de aniquilar. Tal es así que, apenas iniciado el operativo contrarrevolucionario, a las 2 de la mañana, el gobierno de “defensa nacional” ya estaba pegando en las paredes tres proclamas triunfalistas, una de ellas anunciando la toma de los cañones que suponían concluida antes de la salida del sol.

Si bien el asalto a las alturas de Montmartre donde se concentraba la mayoría del armamento era el objetivo número uno, el plan global era más ambicioso aún: la ocupación militar de la ciudad, para neutralizar todos los puntos estratégicos y subordinar a la población de los barrios obreros.

Las tropas de Versailles llegaron a Montmartre y comenzaron a bajar los primeros 50 cañones. Pero la alarma fue rápidamente dada y a las seis de la mañana se generalizó la resistencia del pueblo parisino. Súbitamente, las calles del barrio fueron invadidas por una muchedumbre surgida de la nada, compuesta en su mayoría por mujeres y algunos

niños; guardias nacionales aislados aportaban las primeras armas. Los Comités de Vigilancia que, desde la primera hora, estaban en pie de alerta, jugarían entonces un papel decisivo en la movilización de los montmartrenses. Relata Louise Michel, comunera de la primera hora: “Me incorporo con mi carabina debajo del tapado gritando: ‘¡Traición!’ Una columna se formaba. Todo el Comité de Vigilancia estaba allí... Montmartre se despertaba.”

Las mujeres parisinas fueron al encuentro de los oficiales invasores, los interpellaron, se burlaron de ellos. Una de ellas le espeta a un comandante: “Estos cañones, ¿dónde los llevan? ¿A Berlín?” Los soldados dudan, las columnas se desarman, la gente les convida con pan y con vino. A las 8 y media, las tropas ya eran una caricatura de ejército, la soldadesca ya no respondía a sus jefes e intercambian opiniones con la población. Columnas enteras huyen frente a los proyectiles de todo tipo que les tiran desde las ventanas.

El general Lecomte amenaza con abrir fuego sobre la muchedumbre y las mujeres y los niños, en vez de huir, le hacen frente. El general da la orden: “Apunten”. La gente se conmueve pero no se mueve. “Fuego”. Silencio. Un fusil, luego diez, cien se levantan. Ninguno dispara. Tres veces repite la orden, tres veces es desoída. Luego los fusiles se darían vuelta y le dispararían a él.

A las 10 y media de la mañana, los parisinos se enteran por tres salvas de artillería que Montmartre está bajo control de los insurrectos y que los cañones siguen entre manos de los guardias nacionales.

El “Che” y la conciencia socialista

Uno de los problemas más complejos que enfrentan los movimientos revolucionarios triunfantes es “La Revolución”.

Presentamos a propósito la cuestión como una paradoja, porque las más graves complicaciones aparecen una vez conquistado el poder, cuando los revolucionarios se plantean construir la nueva sociedad.

No se trata solamente del período de tránsito de la Revolución Democrática Popular al socialismo, o sea del tiempo que dura el cambio del modo de producción. Se trata también de la construcción de la sociedad socialista.

Conquistar el poder equivale a asumir la posibilidad de cambio. Comienzan entonces a jugar factores que tienden a demorar u obstaculizar dichos cambios. El burocratismo y el formalismo son los más comunes y la historia demuestra que pueden agravarse luego de la instalación del socialismo. Si no se los enfrenta con decisión tienen a la larga un efecto devastador.

Si tomamos como ejemplo de revolucionario cabal al Che, es porque no sólo se propuso revolucionar la sociedad capitalista en que vivía, sino que, lejos de cualquier formalismo y combatiendo arduamente al burocratismo, siguió revolucionando la sociedad nueva que había contribuido a construir.

Ante sus compañeros de un Consejo de Dirección, y en forma didáctica, él mismo lo decía: “El problema de la actitud revolucionaria, compañeros, es también un problema, como correr cien metros: se puede ser corredor de los cien metros o tirador de pistola o jugador de ajedrez, como se puede tener ideas revolucionarias y ser revolucionario.

Ahora bien, si no se practica todos los días, pues uno pierde estado y en vez de correr los cien metros en diez segundos y décimas, empieza a correrlos en once y después en doce.

Nosotros por falta de práctica de los principios revolucionarios que corresponden a nuestros niveles perdemos estado revolucionario, empezamos a coexistir con el error, a tender a hacer interpretaciones del ‘por qué no hay’, en vez de solucionar el por qué no hay. El sistema que nosotros hemos defendido desde aquí como un sistema avanzado que puede dar enormes resultados, el del desarrollo de la conciencia socialista, exige dirección de alta conciencia” (citado por Orlando Borrego Díaz en “El Che del Siglo XXI”, Revista Casa de las Américas, año 1997).

Las cualidades de hombre íntegro y revolucionario ejemplar, o la misma figura de “guerrillero heroico” que ha recorrido el mundo, encandilan a la juventud y tienden a dejar en sombra al pensador, al Che teórico y a su extraordinaria firmeza en la defensa de sus convicciones políticas. Este trabajo tiende a echar alguna luz sobre este aspecto.

A pesar de haber quedado en segundo plano, esta calidad de revolucionario intransigente, fue muy destacada por los verdaderos pensadores marxistas, aquellos que no habían sido atrapados por el burocratismo o por el oportunismo reaccionario.

Así, en un discurso pronunciado en 1987 con motivo del XX aniversario de su caída, el científico de la URSS Kyva Maidanik decía: “¿Qué lecciones, qué rasgos de sus concepciones y su personalidad nos hacen falta hoy? Estoy convencido de que todos”.

“En primer lugar me refiero al espíritu de responsabilidad histórica, que creo fue determinante en la personalidad, la vida y la muerte del Che. La responsabilidad ante el pasado, el presente y, sobre todo, el futuro. Actuar sin confiar en que lo van a hacer otros, los que saben mejor, sin descargar su responsabilidad en la marcha de la historia. Actuar

de tal manera como si de él dependiera el porvenir de su país y de la humanidad. Así vivía y actuaba el Che”.

“Otro mensaje del Che –proseguía Maidanik– es el de la verdad. Promotor del culto a la verdad, tanto para sí, como para el pueblo y en contra de la ‘mentira útil’. La verdad, la unidad, la concordancia entre los pensamientos y los hechos, era la fórmula del Che. En el mismo sentido su odio al burocratismo, los privilegios, la demagogia y su fe exigente e ilimitada en el hombre, son principios leninistas que penetran toda la concepción del Che”.

“Y por fin su mensaje de internacionalismo del sentimiento, del pensamiento y de la acción, la ‘cualidad’ más linda de un revolucionario”.

Las características que venimos mencionado hicieron que se constituyera en un implacable crítico no sólo del capitalismo, sino incluso dentro del campo socialista. Pero eso sí, cuidándose de derramar una sola gota en el molino de la reacción y el imperialismo.

Porque en la década del 60 los pensadores marxistas se dividían entre los epígonos del socialismo real, que no admitían la mínima crítica a la construcción del socialismo en la URSS, y los intelectuales oportunistas, a quienes no interesaba hacer una revolución, sino atacar las ya hechas, dando pasto a la reacción.

Recordemos como ejemplo de la firmeza de sus opiniones, la polémica con Charles Betelheim y con Fernández Font (Presidente del Banco Nacional de Cuba) sobre el alcance de la ley del valor en la economía socialista.

Muchas de las diferencias críticas que el Che planteaba dentro del socialismo, pueden apreciarse en su conocido artículo “El Socialismo y el Hombre Nuevo en Cuba”, que describe el avance ideológico del hombre en el socialismo; ideas éstas que chocaban frontalmente con las realidades del socialismo imperante en la Europa oriental.

El papel que el Che otorgaba a los factores subjetivos de la revolución y, particularmente, a la conciencia en la construcción de la sociedad socialista (importancia de los estímulos morales frente a los estímulos materiales), también chocaba con los rígidos postulados soviéticos.

Recordamos aquí aquellas expresiones públicas que tanto dieron que hablar:

“Productividad más producción igual a conciencia” y “El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Si el comunismo descuida los hechos de conciencia, puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria”.

Estas expresiones mostraban una ideología que chocaba no sólo contra la teoría, sino con muchos aspectos concretos de la política de la URSS, en donde el interés individual, utilizado como principal palanca por el propio Estado, era el que movía la economía. Las contradicciones con respecto a las relaciones político-económicas entre los países socialistas, se plasmaron públicamente en el famoso discurso pronunciado en Argel en febrero de 1965, en el que el Che planteó abiertamente que dichas relaciones no podían basarse en el interés económico. “El desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación debe costar a los países socialistas; lo decimos así sin el menor ánimo de chantaje o de espectacularidad...” . “Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del occidente”.

Surge de diversos escritos y discursos que el Che había advertido lúcidamente que al poner el acento en el interés individual para el desarrollo de la sociedad socialista, se iba deteriorando la conciencia social y ello tenía cada vez más profunda influencia en las

relaciones de producción socialistas. Por eso sostenía que los problemas nacían al no tener en cuenta las relaciones recíprocas entre la estructura y la superestructura.

En esta línea es importante examinar algunos puntos de la crítica a la construcción del socialismo en la URSS, en una obra inédita escrita en 1965, y cuya introducción ha sido publicada en El Combatiente N° 628 (11-11-1999).

En esa introducción expresa que “al comenzar un estudio crítico del Manual de Economía Política (utilizado para enseñar economía en la URSS y también por el PCUS y por los partidos comunistas de los diversos países) encontramos tal cantidad de conceptos reñidos con nuestra manera de pensar que decidimos iniciar esta empresa ‘el libro que expresa nuestros puntos de vista’ con el mayor rigor científico posible y con la máxima honestidad”.

El párrafo medular de dicha introducción sostiene: “Se sabe desde antiguo que es el ser social el que determina la conciencia y se conoce el papel de la superestructura; ahora asistimos a un fenómeno interesante, que no pretendemos haber descubierto, pero cuya importancia debemos profundizar: la interrelación de la estructura y de la superestructura. Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la nueva política económica (NEP) han calado tan hondo en la vida de la URSS que han marcado con su signo toda esta etapa. Y sus resultados son desalentadores: la superestructura capitalista fue influenciando cada vez en forma más marcada las relaciones de producción, y los conflictos provocados por la hibridación que significó la NEP se están resolviendo a favor de la superestructura; se está regresando al capitalismo.”

Dice en el texto de la mencionada obra que “la NEP constituye uno de los pasos atrás más grandes dados por la URSS, Lenin la comparó a la paz de Brest-Litvsk. La decisión era sumamente difícil y a juzgar por la dudas que se traducían en el espíritu de Lenin, al fin de su vida, si éste hubiera vivido unos años más, hubiera corregido sus efectos más retrógrados. Sus continuadores no vieron el peligro y así quedó constituido el gran caballo de Troya del socialismo; el interés material directo como palanca económica. La NEP no se instala contra la pequeña producción mercantil, sino como exigencia de ella”.

“Las últimas revoluciones económicas de la URSS (recordemos que el texto fue escrito en el año 1965) se asemejan a las que tomó Yugoslavia cuando eligió el camino que la llevaría a un retorno gradual hacia el capitalismo. El tiempo dirá si es un accidente pasajero o entraña una definida corriente de retroceso. Todo parte de la errónea concepción de querer construir el socialismo con elementos del capitalismo, sin cambiarles realmente su significación. Así se llega a un sistema híbrido que arriba a un callejón sin salida o de salida difícil que perceptiblemente obliga a nuevas concesiones a las palancas económicas, es decir, al retroceso”.

Las abismales diferencias de la concepción del Che con la construcción del socialismo en la URSS, motivan que en la referida obra, una y otra vez, sostenga que el PCUS ha reemplazado el análisis científico por la “apologética”, cayendo así en graves inexactitudes (verdaderas falsedades) que tienen origen en el formalismo llevado hasta sus últimas consecuencias.

También se pronunciaba abiertamente contra el régimen koljosiano (cooperativas agrarias en el socialismo). Ante la afirmación del “Manual” soviético de que “Bajo un régimen en que los medios fundamentales de la producción se hallan en poder del Estado proletario, la cooperación es una forma socialista de economía”, el Che respondía. “Si se considera a

la cooperativa una agrupación de productores propietarios de sus medios de producción, frente al capitalismo es un adelanto, en el socialismo es un atraso, ya que coloca a estas agrupaciones frente a la sociedad propietaria de los otros medios de producción. En la URSS la pequeña propiedad koljosiana suministra cantidades crecientes de alimentos básicos y ahonda la brecha entre la sociedad y el koljosiano, ni no monetariamente, sí ideológicamente”.

Con relación a los sindicatos de la URSS, sostenía que: “En una sociedad donde el proletariado ha tomado el poder, ese organismo de la lucha de clases debe desaparecer, transformarse. Su sostenimiento ha llevado a dos cosas: de un lado la burocratización del movimiento obrero; por otro la diferencia entre obreros, pues las prestaciones sociales dependen de la riqueza de cada sindicato y éstos de las diferencias salariales existentes”. No es propósito de este trabajo, ni sería posible, desarrollar todas las tesis económicas sociales y políticas de la obra del Che que comentamos y que chocaban contra la teoría y práctica socialista imperantes en la URSS y la Europa del Este de aquellos años.

En forma general, y para terminar, diremos tan sólo que afirmaba que las masas no pueden ser objeto de “cebos”, para que produzcan más. Ellas deben tener la posibilidad de dirigir sus destinos, resolver cuánto va para la acumulación y cuánto al consumo, “la técnica económica debe operar con estas cifras y la conciencia de las masas asegurar su cumplimiento... Es el deber social del individuo el que obliga a actuar en la producción, no su barriga. A eso debe tender la educación”.

Por último, mencionaremos su crítica terminante a las desigualdades ideológicas y políticas que existían dentro del campo socialista y, sobre todo, a las deliberadamente falsas afirmaciones del carácter idílico de las relaciones entre ellos.

Como no podía ser de otra manera, puesto que estamos comentando el pensamiento crítico del Che, este trabajo está lejos de bastarse a sí mismo y no pretende dar por terminadas las cuestiones planteadas, sino que debe servir para abrir nuevos debates que no se han dado o que están inconclusos.

Contamos con la “profecía” del Che, expresada en 1965, acerca del regreso de la URSS al capitalismo y con su autorizada opinión sobre sus causas más remotas. Todavía cabe preguntarse si el proceso regresivo comienza en la Nueva Política Económica, como piensa el Che, ¿qué otros factores jugaron? ¿Podía haberse evitado y a partir de cuándo? ¿Existen razones económicas o filosóficas más profundas para el fracaso de dicha experiencia socialista? Y lo más importante: ¿Ha fracasado el socialismo o una experiencia socialista? ¿Estamos frente al fin de las ideologías, como sostienen los epígonos del capitalismo? ¿La globalización ha desplazado la lucha de las clases? ¿Qué porvenir tiene el capitalismo y qué esperanza queda para los pueblos oprimidos?

Algunas de estas cuestiones serán abiertas a la discusión en los próximos números.

Trataremos, por cierto, de apartarnos de las meras especulaciones intelectuales, buscando que –de alguna manera– las conclusiones sean útiles a una estrategia de lucha de la clase obrera y el pueblo. Invitamos a los lectores a escribirnos sus puntos de vista a CC 40, Suc. 13 B (1413) Buenos Aires.

Lenin contra el reformismo

El reformismo en el seno de la socialdemocracia rusa

El gigantesco progreso del capitalismo en el curso de los últimos decenios y el rápido incremento del movimiento obrero en todos los países civilizados han traído consigo un gran cambio en la posición que antes asumía la burguesía frente al proletariado. En lugar de acudir a la lucha abierta, directa y basada en principios, contra las tesis fundamentales del socialismo, en nombre de la absoluta intangibilidad de la propiedad privada y de la libre competencia, la burguesía de Europa y América, representada por sus ideólogos y políticos, acude, cada vez con mayor frecuencia, a la defensa de las llamadas reformas sociales, oponiéndolas a la idea de la revolución social. No se trata ya de liberalismo contra socialismo, sino de reformismo contra la revolución socialista; ésta es la fórmula de la burguesía instruida y “avanzada” de nuestros días. Y cuanto más elevado es el nivel de desarrollo del capitalismo en un país, cuanto más puro es el dominio de la burguesía, cuanto mayores son las libertades políticas, tanto más amplio es el terreno para la aplicación de la “novísima” consigna burguesa: reformas contra la revolución, remiendos parciales del régimen que sucumbe, a fin de dividir y debilitar a la clase obrera, a fin de mantener el poder de la burguesía contra el derrocamiento revolucionario de este poder. Desde el punto de vista del desarrollo universal del socialismo no se puede dejar de percibir un gran paso adelante en dicho viraje. Al principio, el socialismo luchaba por su existencia, y contra él se hallaba una burguesía plena de fe en sus fuerzas, que defendía con valor y consecuentemente el liberalismo como sistema cabal de concepciones económicas y políticas. El socialismo ha crecido, ha conquistado ya en todo el mundo civilizado su derecho a la existencia y ahora lucha por el poder, mientras que la burguesía en descomposición, al ver su inevitable hundimiento, pone en tensión todas sus fuerzas a fin de aplazar su muerte y conservar su poder también en las nuevas circunstancias, valiéndose de concesiones a medias e hipócritas...

LENIN
(Setiembre de 1911)